CRÓNICA

El Centenario de D. Carmelo de Echegaray.

A las ocho de la tarde del día 3 de noviembre de 1965, en la «Cátedra» de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, se celebró una sesión académica para conmemorar el primer centenario del nacimiento de D. Carmelo de Echegaray.

Inició el acto el Sr. Director de la Biblioteca, correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia y Presidente del Ateneo, Iltmo. Sr. D. Ignacio Aguilera y Santiago, que pronunció las siguientes palabras:

Cúmplese hoy—en este 3 de noviembre, fecha trascendental, aunque con vario signo, en los anales santanderinos: día en que nace Menéndez Pelayo, día en que se produce la explosión del «Cabo Machichaco», día en que se inaugura el Instituto Cántabro, etc.—, cúmplese hoy, digo, el 109 aniversario del nacimiento de D. Marcelino y mañana, día 4, el 40 aniversario de la muerte de D. Carmelo de Echegaray. Ya que no pudimos conmemorar el pasado 3 de julio la fecha centenaria de su nacimiento, estimé el día de hoy como el adecuado para esa conmemoración.

Ni precisa que la justifique vuestra ilustración ni querría anticipar nada de lo que vais a escuchar enseguida.

Mas sí me parece del caso traer a vuestra memoria que las dos páginas iniciales del primer número del «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo» están firmadas por D. Carmelo de Echegaray. Y que no serían menos suyas porque las hubiera

redactado D. Miguel Artigas, pues la identificación entre ambos fue tan perfecta que escritas y firmadas esas páginas por uno u otro, son, sin ningún género de duda, el fruto de largas meditaciones y de fecundos coloquios entre el ya maduro cronista y el joven bibliotecario. De lo que el menendezpelayismo de éste debía a Echegaray, nos hablan bien elocuentemente estas palabras de Artigas: «Imaginad por un momento a los primeros convertidos al cristianismo que no conocieron a Cristo, cómo preguntarían y repetirían las palabras que no pudieron escuchar, y, si no parece demasiado irreverente comparar las cosas divinas con las humanas, podéis representaros así mis primeras conversaciones y coloquios con D. Carmelo.»

Añadid a la autenticidad de la fuente, la clara inteligencia, el mucho saber y la agudísima sensibilidad del que había de ser biógrafo de Góngora, y no podrá sorprendernos que naciesen esas dos páginas iniciales de nuestra querida revista, que son una inteligente proclama de un profundo, pero no mojigato, menéndezpelayismo. No un menéndezpelayismo que busque únicamente la glorificación del propio D. Marcelino, sino que, más ambicioso y más auténtico, se aplica a proseguir su obra.

Y traigo a colación esas páginas y ese momento de hace más de nueve lustros porque nos acercan a la fuente pristina, tantas veces olvidada.

Y si no puede discutirse el por qué, permitidme que justifique el cómo de esta sesión conmemorativa.

Para hablar de Menéndez Pelayo—a los cuatro años exactamente de su muerte, es decir, el 19 de mayo de 1916—el Ateneo de Santander, que iniciaba entonces su camino con seguro paso, invitó a su cátedra a D. Carmelo de Echegaray, que leyó su hermosísimo «Elogio de Menéndez Pelayo», ofrenda al maestro entretejida con flores de la huerta de éste, y no por eso ofrenda menos sentida ni discurso menos conexo.

Por otra parte, cuando la Diputación de Bilbao, a través de la Junta de Cultura de Vizcaya, quiso honrar la memoria de D. Carmelo, se dirije a Santander para invitar al ilustre, primer Director de esta Biblioteca a que pronuncie, el día 20 de diciem-

bre de 1928, una docta y elegante semblanza del que había sido ejemplar cronista de las Provincias vascas.

Qué mucho, señores míos, si ahora, al cumplirse los cien años del nacimiento de Echegaray, la Biblioteca de Menéndez Pelayo, al querer honrar la memoria de quien tanto representó en esta Casa, de quien fue amigo ejemplar y albacea puntualísimo de D. Marcelino, ofrece su «Cátedra» a quien tan dignamente secretaría la dicha Junta de Cultura de Vizcaya, D. Esteban Calle Iturrino, tan ligado por otra parte por vínculos familiares y afectivos a nuestra tierra montañesa. Que mis últimas palabras sean para saludarle, expresarle la más cordial bienvenida y agradecerle su participación en esta sesión académica.

A continuación D. Esteban Calle Iturrino pronunció una documentada conferencia, en la que trazó una cabal semblanza del primer Presidente de la «Sociedad Menéndez Pelayo», que no se extracta en este lugar por haber merecido ser publicada en cuidada edición.

Al terminar la conferencia del Sr. Calle Iturrino, el Dr. D. Carlos González Echegaray, Director de la Biblioteca Provincial de Bilbao, leyó las siguientes cuartillas enviadas desde León, donde es catedrático, por D. Joaquín María de Echegaray, hijo del homenajeado:

La circunstancia fortuita de una indisposición me priva —con harto pesar, por mi parte—de asistir en personal presencia a este acto tan entrañable y entrañado en la línea de mis vinculaciones y afectos. Pero esta contrariedad, pese a su magnitud, no puede eximirme en modo alguno de rendir tributo de imperecedera gratitud a esa ilustre institución que ha hecho posible este acto y ha dado realce personal a esta conmemoración centenaria de la figura de mi ilustre progenitor.

En mi propio nombre—que, en su insignificancia, había de suplir esta noche la ausencia definitiva, y reciente aún, del que durante tantos años fue Presidente de la Junta de Cultura de Vizcaya, y cuyo recuerdo se me clava en el alma con un

fraterno dolor—; en nombre de mi nonageraria madre, en el de mi hermana y el de mis primos y familiares, varios de los cuales siguen en sus dedicaciones y tareas profesionales las aficiones y campos por donde discurrieron la vida y las inquietudes del Cronista, cuya figura ha sido evocada y enaltecida en plenitud de dimensión, en nombre de todos, vaya la expresión de nuestro más cordial, del más sincero agradecimiento.

A la Biblioteca de Menéndez Pelayo, marco del acto conmemorativo, para mí tan grávido de recuerdos, tan apretado de evocaciones, en el que parece sobreflotar el espíritu de D. Carmelo, que tan discreta y hondamente supo remirar y acariciar esos rincones y esos estantes de su dilección, junto al maestro; y a la persona de su digno Director, mi entrañable amigo D. Ignacio Aguilera, que ha propiciado con su favor ésta conmemoración.

Al caballero andante de la cultura y de las letras por tierras de Vizcaya, con tanta gentileza y conocimiento de causa y con tan señera representación, agradecémosle la embajada de vizcainía en la conmemoración montañesa de esta noche; embajada continuadora de aquellas «élites»—de siempre tan afinadas y sutiles, a orillas del Nervión—como Maeztu, Eguilior. Atteridge Aranaz Castellanos, Ramón de Basterra y el gran Mourlane Michelena. Época ya lejana, de casi romántico «estrechamiento de lazos», correspondido en el Ateneo bilbaíno por conspícuas figuras montañesas de las letras y las artes.

Nuestra gratitud más efusiva, finalmente, a cuantos en este recinto íntimo constituyen el auditorio de esta noche, tanto a los veteranos del menéndezpelayísmo, que continúan manteniendo el fuego sagrado vinculados al solar y al faro originarios, cuanto a las nuevas generaciones que sienten las inquietudes y el desasosiego de la cultura, que no fue ni será, porque, salvo accidentalidades pasajeras, es perenne y seguirá estremeciendo siempre las mejores fibras de los mejores espíritus.